

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

ESQUEMA:

1) INTRODUCCIÓN	1
2) EL MIEMBRO DE LA FAMILIA	2
3) AL FUNDAMENTO DEL MÍSTICO	3
4) CONCRETANDO	5
5) PRÁCTICA FAMILIAR	5

TEMA 5. Interludio

1) Introducción

Como sabemos, un interludio es una pieza o pasaje musical que se interpreta entre dos partes o secciones de una misma obra. Hemos llegado al ecuador del estudio del libro *La profundidad de los sexos*, y vamos a hacer un alto en nuestra lectura. Por ello este mes vamos a recapitular lo visto hasta el momento, así como a ofrecer la traducción de un breve artículo de nuestro autor, que nos ayude a seguir reflexionando juntos sobre la profundidad del misterio que esconde el sexo.

En primer lugar, recordemos que la tesis principal que nuestro autor persigue es mostrar que la materia del hombre está amasada con espíritu, que el sexo, lejos de ser una reliquia animal, es una especie de relicario exorbitante. Sí, nuestra experiencia atestigua que el sexo es un exceso, es decir, esconde un misterio, pues la carne está transida de espíritu. Y por ello despierta tantas preguntas en nosotros. La recíproca ordenación de los sexos atestigua que no somos nosotros los que medimos y controlamos, sino que somos medidos en él, pues el enigma del sexo es demasiado inconmensurable para reducirlo a nuestra medida.

En el primer capítulo del libro Hadjadj nos advierte del laberinto en el que ha entrado la modernidad a través de las revoluciones sexuales del siglo XX. El laberinto es una invención prodigiosa, pues aunque estamos en la cárcel, dado que avanzamos siempre, aunque no se reconozca el camino y en cada revuelta se piense en salir, uno finalmente puede creerse que se encuentra en un paseo recreativo. Distinguiendo sexo y sexualidad, nuestro autor afirma que el sexo está en vías de desaparición por el borrado de la diferencia sexual y la saturación de sexualidad de una cultura que cree poder construir, deconstruir y reconstruir la sexualidad indefinidamente y a capricho.

En el segundo capítulo el filósofo francés nos presenta una antropología de la sexualidad. Pretende así mostrarnos cómo la carne tiene mucho espíritu. Para



ello se muestra gran conocedor de la fenomenología francesa contemporánea. Siguiendo de cerca de Aristóteles nos pone delante la importancia de la pilosidad y tactilidad humanas. La primera se distingue del pelaje animal, no solamente porque tenemos más pelo que los animales, sino también porque tenemos una pilosidad doble, primaria y secundaria. Esta última aparece en la pubertad, y afecta especialmente al pubis, a las axilas y al mentón. Declara nuestra humanidad, y con ella, nuestra madurez sexual. Por otro lado el amor más fundamental implica una dimensión táctil. Los sacramentos de la Iglesia son táctiles, tocan la carne y la transforman. No se puede dar la absolución por teléfono, ni comulgar por correo electrónico. Hay que imponer las manos y tocar la lengua.

El mes pasado estudiamos el tercer capítulo del libro en el que nuestro autor nos ha mostrado la relación entre sexo y matrimonio. La aventura de la vida conyugal es inseparable del drama de la lucha por la comunión. Y es que el don del amor instituye la tarea cotidiana y larga de la búsqueda de la fidelidad, de la lucha por purificar nuestro amor. El amor conyugal no es puro sino carnal, y por ello es cuestión de sexo con algo más. La relación entre sexo y amor es muy profunda pues se interpenetran mutuamente. Tanto el matrimonio como la virginidad se reclaman mutuamente para profundizar en la escuela vital de aprender a amar en el cuerpo. Ofrecemos en los dos siguientes puntos la traducción de un breve artículo publicado por Fabrice Hadjadj en el periódico italiano *Il Foglio* el 8 de octubre de 2015. Bajo el título *El miembro de la familia*, y con el subtítulo *El matrimonio exalta y cumple la diferencia original y originaria de los sexos. Así llega a ser él mismo*, nuestro autor dice lo siguiente:

2) El miembro de la familia

No sólo el sexo, sino también el ombligo está ligado a la sexualidad. El primero marca la diferencia sexual; el segundo la diferencia generacional. El primero me revela como varón; el segundo como hijo. Pero hay hijo e hija únicamente porque había un hombre y una mujer. La diferencia sexual genera la diferencia generacional. La diferencia de los padres y los hijos nace de la diferencia del hombre y la mujer y de su unión. Es sobre esta diferencia de sexos que quisiera detenerme. Tal diferencia constituye una relación absolutamente original y fundante. Original porque originaria (de ella derivamos todos, como acabamos de decir), fundante porque funda la acogida a todas las demás diferencias. Mirando mi sexo, me doy cuenta de que soy un hombre, y sin embargo no represento toda la humanidad, porque la humanidad está compuesta de hombres y mujeres. Me doy cuenta también que este miembro, que se encuentra en el centro de mí, escapa a mi posesión: no solo no lo controlo enteramente –no obedece a mi voluntad como mi brazo, por ejemplo- sino que muestra también que la realización de mí mismo no puede acontecer sino a través de y gracias a otro, el otro sexo, después el otro hijo, lo cual rompe el ídolo de una concepción egocéntrica de la existencia. Esta es la originalidad de la relación de los sexos: una relación en que la unión no elimina la diferencia, sino que la cumple (los músculos entrenados no bastan; el hombre no es nunca tan viril como cuando es esposo y padre; y viceversa: la mujer no es nunca tan femenina como cuando es madre...y mujer). En esta relación, y a través de la diferencia irreductible se llega a ser uno mismo.

Esta originalidad está con frecuencia velada sea por el fantasma de la potencia fálica, sea por el mito de la fusión romántica, sea por la moral de la



complementariedad. En el primer caso, la relación entre sexos viene afirmada en términos de dominio y por consiguiente de contradicción: el uno llega a rechazar el otro. En el segundo caso, viene exaltado en términos de disolución y, por tanto, de confusión: el uno y el otro se funden en una sopa sentimental. En el tercer caso, es representado en términos de complementariedad y por tanto de totalización: el uno y el otro se encastran sin dejar espacio a distancia o brecha alguna, y forman un conjunto dichoso y autosuficiente¹. Tales son las tres parejas que aparecen precisamente cuando se reduce la relación sexual a la pareja (mientras se presume que el tercero aparezca); macho y ama de casa (o Crudelia y Masoch), Tristán e Isolda, encaje entre espita y vivienda...O duelo despiadado, dúo perfecto, negocio bien hecho. Pero, como ha mostrado muy bien Emmanuel Lévinas, la dualidad de sexos no es ni contradicción ni fusión ni complementariedad, es apertura el otro en cuanto otro, de tal modo que la falla quede abierta, que el otro no sea jamás dominado, ni absorbido no adaptado: “el carácter patético del amor consiste en la dualidad insuperable de los seres. Es una relación con aquello que se sustrae para siempre. La relación no neutraliza ipso facto la alteridad, sino que la conserva. El otro en cuanto otro no es aquí un objeto que deviene nuestro o que termina por identificarse con nosotros; al contrario se retrae en su misterio”.

El abrazo nos expone a lo incomprensible. Cuanto más abrazo al otro es más otro, es decir, el otro del otro sexo, más es sustraído –en su misma oferta- a mi comprensión. Puedo penetrar físicamente a una mujer, pero la mujer en su feminidad permanece impenetrable: se retira en una suerte de “virginidad eternamente inviolada”. Y se llega todavía más lejos: la alteridad del otro no solamente es conservada, magnificada en la unión sexual, es también multiplicada. Por la fecundidad natural, esta unión genera otra. La diferencia sexual no es nunca superada, sino duplicándose de algún modo, cumpliéndose en el acontecimiento de una segunda diferencia abisal: la diferencia generacional. Aquella que hace nacer a un hijo.

3) Al fundamento del místico

He aquí la conclusión que puedo extraer de una simple meditación sobre mi bajo vientre. Cuando me miro el ombligo o las partes íntimas, ellas, si pongo atención, me remiten siempre más allá de mí mismo, a antes de mi nacimiento (porque el ombligo es la huella de mi vida intrauterina) y después de mi muerte (porque estas partes son genitales y naturalmente dirigidas a la posteridad). Mi ombligo como cicatriz y mi pene como índice me manifiestan que soy gracias a otro y para otro, que puedo cumplirme sólo con el otro y también en el otro, no desarrollándome sino fructificando, es decir, dando vida a otro (hijo) con otra (mujer).

Es por esto que mientras hay un hombre solo, no hay todavía el hombre. En el segundo relato de la creación, el relato del Edén, Dios declara: “no es bueno que el hombre esté solo” (*Gn 2, 18*). Mientras el primer relato de la creación en

¹ Hadjadj critica una visión reductiva de la complementariedad, una complementariedad cerrada sobre sí misma, de modo que hombre y mujer formen un todo autosuficiente. Es la idolatría del amor-burbuja. Pero hay otra forma de entender la complementariedad que es positiva, y así ha usado la palabra el Magisterio de la Iglesia. Se trata de una complementariedad abierta, porque hombre y mujer, juntos, se abren más allá de sí hacia el Creador. Así san Agustín decía que Eva fue formada del costado de Adán porque dos que se unen (se complementan) por el costado, es que caminan por la misma vía hacia la misma meta.



siete días es escandido por un Dios que ve que las cosas son buenas, aquí Dios dice que no es bueno. Adán experimenta su soledad, una soledad, una tristeza que, en el paraíso del individuo aislado, es el signo de que el paraíso no está en el bienestar individual sino en la comunión con el otro; una comunión que no es dominio, ni fusión, ni complementariedad, sino relación con aquel o mejor con aquellos que permanece diferente y que multiplica inexorablemente la diferencia.

Curiosamente, si se pasa del origen de la sabiduría bíblica al origen del saber filosófico, se hace un descubrimiento análogo. Allí se encuentra sea en Platón sea en Aristóteles, aunque en modos diferentes; quizás precisamente porque Aristóteles es físico y casado, mientras que Platón es dialéctico y célibe. Además, se podría uno quedar atónito al ver citar a este último, pues parece tomar como punto de partida amores de un pederasta, por ejemplo el de Sócrates y Alcibíades. Si se mira con más detalle, se descubre sin embargo que Platón sublima el fundamento sexual, pero no lo ignora como tal. El *Simposio* ofrece la demostración patente. Se trata de una reunión de hombres en que cada uno debe hacer el elogio del amor, en forma de monólogo. Y he aquí que cuando llega el turno de Sócrates, él no solo pasa al diálogo, sino además al diálogo sexuado, porque cuenta el coloquio que tuvo en su juventud con Diotima, sacerdotisa de Mantinea. Como si el acceso a la verdad del amor y a su auténtico elogio no pudiese darse sino volviendo a la diferencia sexual como su fundamento (esto no quiere decir que exista únicamente el amor entre el hombre y la mujer exclusivamente, cosa por otro lado absurda, porque esta exclusividad es en sí misma naturalmente inclusiva para el hijo que llega y, - ¡no olvidemos el ombligo!- para los padres; esto quiere decir sobre todo que este amor es el paradigma físico de todo amor, también el más espiritual).

¿Qué enseña Diotima a Sócrates? Que el amor no consiste simplemente en unirse a lo bello (como sugeriría el pensamiento de la fusión o de la complementariedad), sino en el “generar en la belleza”. Y según Diotima, ¿donde se encuentra el modelo de este amor que se juega en las alturas supracelestes? En nuestros calzoncillos. En nuestra animalidad sexual. “Aquellos que son fecundos en el alma” tiene como modelo “aquellos que son fecundos en el cuerpo”.

“La unión del hombre y la mujer es procreación; esto es el hecho divino”. Como en Génesis 1,27 no se trata solo del hombre y de la mujer, sino del macho y la hembra. Siguiendo la altura del *Parménides*, Diotima no duda en descender y ver en el grito del ciervo en celo, o en el cuello hinchado o que arrulla de la paloma en celo, la imagen misma del fervor filosófico o religioso: “¿no te percatas del tremendo estado de todos los animales, terrestres y volátiles, cuando experimentan el deseo de generar, y como todos son presos del mal de amor, y apasionadamente dispuestos sobre todo a unirse rápido entre ellos, y después a alimentar a sus criaturas?” Estamos bien lejos del idealismo y del dualismo atribuidos a Platón en la caverna de las escuelas y las universidades (demasiadas cátedras y poca carne, indudablemente).

Judaísmo y cristianismo atestiguan de manera análoga el fundamento carnal de la espiritualidad humana y reconocen en la sexualidad, y en aquello que de ella se sigue, la imagen de toda unión mística: Mi amado ha introducido la mano en el postigo y mis entrañas se estremecieron por él. Así canta el Cantar de los Cantares, y aquellos que dudan si se trata de un poema erótico o de un himno religioso suponen –con pensamiento débil- que las dos interpretaciones estén en contraste. Los místicos no pueden hablar de la unión con Dios, o de la caridad



teologal, si no a partir de tres diferencias ligadas a la sexualidad: la de los sexos (hombre/mujer), la de las generaciones (padres/hijos) y la de los hermanos (primogénito/segundo). La relación con Dios es por consiguiente nupcial (Sale como un esposo de la estancia nupcial *Sal* 19,6), filial (Padre nuestro que estás en los cielos *Mt* 6,9), fraterno (Jesús es el primogénito entre muchos hermanos *Rm* 8,29), y también de las tres juntas: aquel que está más allá de la criatura no puede ser alcanzado por una sola modalidad creada, sino por diversas modalidades no componibles aquí abajo (el amor del hombre y la mujer evidentemente no es el amor entre padres e hijos, que, a su vez, no es el amor entre hermanos). Estas modalidades son contrastantes por naturaleza, pero se presentan de manera sucesiva, manifestando precisamente que hay de por medio una modalidad sobrenatural.

4) Concretando

1. Señala y comenta algún aspecto que te haya llamado la atención de los tres capítulos vistos hasta ahora.
2. ¿Qué luz ofrece el artículo traducido sobre el contenido del libro?
3. ¿Qué importancia tiene el ombligo?
4. Comenta la relación entre diferencia y trascendencia en el misterio del sexo.

5) Práctica familiar

Durante este curso la propuesta de práctica tiene relación con el significado del cuerpo y la sexualidad. Se trata de hacer una alianza con nuestros ojos, de modo que purifiquemos nuestra visión de todo aquello que nos impide vivir y crecer en la virtud de la castidad, como la virtud más hermosa. Cada trimestre haremos una sugerencia, dejando a cada equipo poder elegir otra que crean más les ayude.

Segundo trimestre: Asistir como equipo a la actividad de Galilea el sábado 9 de febrero (17h: Eucaristía; 18h: Conferencia: *La educación de la sexualidad*).